

EL PRINCIPIO

Aldy, el tío Aldy, era hermano de mi padre, y digo era porque murió hace algunos años de una pancreatitis fulminante; descanse en paz. Mi tío Aldy era el mayor de cuatro hermanos y el más bestia de los cuatro. Mi tío Aldy y sus tres hermanos, mi padre, el tío Eduardo —que, además, era mi padrino—, y el tío Juan, el pequeño, no trabajaron nunca porque no les hizo falta, pero ellos decían que si no lo habían hecho era porque estaba mal visto. Esta era la típica broma familiar, y cada vez que se traía a colación las carcajadas se oían tres o cuatro pisos por encima y por debajo. Los vecinos, cuando los había, no decían nada porque ya estaban acostumbrados.

Mi padre y sus tres hermanos heredaron tal cantidad de dinero de su padre, mi abuelo —aunque en realidad fue de su madre, mi abuela, quien a su vez lo había heredado de su padre, mi bisabuelo—, que se pasaron la vida dando tumbos a lo largo y ancho del planeta, y eso porque entonces todavía no habían comenzado los viajes siderales, que si los hubiera habido habrían dejado sus huellas por todo el Sistema Solar. Mi abuelo era de Burgos, de un pueblo de Burgos que estaba por la parte de la Bureba. Eran dos hermanos, mi abuelo y una chavala; de mayor debió de ser una señora, pero en las escasas fotos que había en casa, fotos de los años treinta del pasado siglo, no pasaba de ser una chavala. De joven se casó con un argentino medio italiano y se fue a vivir a Argentina, de donde nunca volvió. Los que sí volvieron fueron sus descendientes, y hoy en día siguen haciéndolo, aunque yo ya no los veo mucho. Cuando yo era pequeño, un verano sí y otro también aparecían por casa unas señoras desconocidas, e incluso hijos suyos que eran de la edad de mi padre y mis tíos, con un hablar meloso, muy simpáticos todos, que decían que venían a conocer a la familia, de la que nosotros éramos los únicos miembros europeos. Debían de ser unos pastas, porque contaban que allí, en su tierra, en Argentina, en una provincia del norte que se llama Misiones, tenían una finca con plantaciones de

té que para recorrerla había que ir en avioneta, y cuando venían reunían a todos los que podían, tíos, sobrinos, etc., y nos llevaban a comer a sitios fantásticos, Lhardy, el Ritz, sitios de esos, cerraban un comedor y organizaban un banquete pantagruélico. Esto lo hacían todos los veranos. Luego se iban a Viena, a Italia, a Praga, se hartaban de hacer turismo. En Navidad mandaban *christmas* y fotos del verano, de los banquetes, en donde salíamos todos.

De mi abuelo, aparte de estos recuerdos familiares, poco puedo decir. Era músico, pianista, tenía barba, comía alubias y merluza todos los días y daba conciertos, es todo lo que sé, aunque la vena musical se transmitió a sus descendientes porque en mi familia hubo unos cuantos músicos. El tío Juan pasó por una temporada en la que le dio por tocar la flauta, y tocaba bastante bien, y Pedrito, mi sobrino, fabricaba instrumentos; inventó un aparato que era medio guitarra y medio zanfoña, y lo tocaba a veces con los dedos y a veces incluso con arco. El Cacho Madera, mi hermano, también tocaba el piano, aunque en comisaría, y yo mismo estuve haciendo de hombre-orquesta una temporada, pero de eso ya hablaremos cuando llegue el momento. De mi abuelo no me acuerdo en absoluto porque no llegué a tiempo de conocerle.

Mi abuela... De ella sí me acuerdo. Era colombiana, muy rara, negra arrubiada, medio india, medio criolla o medio cuarterona, nunca lo supe, nunca lo entendí, pero por lo visto es lo que en castellano se conoce como tentenelaire —o algo por el estilo—, por lo que en la familia todo el mundo le llamaba Tente y asunto concluido. Mi abuela Tente era impresionante. Había llegado a medir más de uno noventa, y de mayor, aunque no tanto, seguía siendo muy alta. De joven había jugado a un deporte entonces no muy conocido, el baloncesto, e incluso fue campeona de algo en cierta ocasión. Su padre, o sea, mi bisabuelo, era un ricacho colombiano que decía que había hecho todo su dinero con el café, aunque cuando se bebían muchas copas, como en la tarde de Navidad, sus nietos se caían por el suelo de risa

con la historia del café y los cafetales, sacaban unas maracas y acababan cantando a voz en cuello aquella de, "*cuan-do la tarde languidece y bajan las sombras...*", o sea, la de "*Moliendo café*", o si no la de, "*ay mamá iné, ay mamá iné...*, *todo lo negro tomamo café*". ¡Buenos eran mis tíos...! Mi abuela Tente, que era muy alta y tenía unos hablares muy dulces, cuando la cabreaban sacaba a relucir su genio y se liaba a dar gritos. Llamaba a sus hijos inútiles, chapetones y zarrapastrosos, amenazaba con desheredarlos, y una vez, precisamente en una de aquellas comidas navideñas, hizo venir a casa a las seis de la tarde a un notario y se lió a redactar un nuevo documento en el que testaba a favor de cierta secta que existía entonces y de la que no voy a decir el nombre para no dar pistas. El notario, por cierto, que tenía el bigote blanco, hacía unas reverencias... ¡Y luego dicen de los notarios!

Mi abuela Tente... Bueno, ya hablaremos luego de ella. Yo estaba contando la historia de su primogénito, mi tío Aldy, el hermano mayor de mi padre, pero ahora que lo pienso, tampoco era eso, me estoy expresando mal. La que estoy contando, en realidad, es mi historia, estoy empezando a contar mi historia, y mi historia, aunque resulte muy novelesco y como traído por los pelos, comenzó con un milenio, justo con el comienzo del tercer milenio según el cómputo occidental, porque yo nací –aunque ya digo que parece un poco rebuscado– un cuarto de hora después de que comenzara, sí, y bien medido, medido según las normas de nuestro habitual calendario gregoriano, ese que usamos todos los días. Lo de mi tío Aldy, que fue el causante de que yo naciera precisamente cuando nací, fue como sigue.

Mi tío Aldy sentía una gran afición por los animales. Su casa, un piso enorme con piscina en la terraza, estaba llena de gatos, de pájaros de todas clases, gorriones, palomas, perdices, unos en jaulas y otros sueltos, incluso tucanes y guacamayos multicolores, azules, verdes, rojos, guacamayos que volaban de un lado para otro, se posaban en las esquinas de los marcos de unos cuadros gigantescos que debí-

an de valer un dineral y se peleaban continuamente; también de tortugas que vegetaban en el pasillo e iguanas enanas que se arrancaban las colas como si fueran lagartijas... Los perros los tenía en el campo, en varias fincas a las que a veces iba a cazar y en donde criaba faisanes, perdices, pollos, cerdos, venados y hasta bisontes. Sí, bisontes, bisontes que había traído de América del Norte, bisontes como los de las antiguas películas del oeste y a los que intentó cruzar con vacas, aunque, según creo recordar, sin mucho éxito, porque en los cruces el vástago resultante es muy gordo y al salir desgracia a la madre. Los cerdos del tío Aldy, por su parte, no eran como los cerdos negros de Indefatigable, que sólo comen aguacates y cuyos jamones lo más seguro es que sepan a guacamole, no; los cerdos del tío Aldy eran cerdos granilleros, cerdos de verdad, cerdos negros criados en el campo a base de bellotas y castañas. Y, por supuesto, caballos. Los caballos, como le sucede a tanta gente, fueron su pasión. Llegó a tener un hipódromo en una finca, un hipódromo reglamentario, y clínica, clínica para los caballos, con quirófano. El quirófano se lo trajeron de Alemania, y por lo que oí luego, cuando me hice mayor, llegaban caballos para operarse de todas partes. En una finca con hipódromo y quirófano, ya se pueden imaginar, las instalaciones eran de superlujo. Cada caballo tenía su casita –les llamaban *boxes*–, su cuidador, sus horas de paseo, su comida especial..., y para inaugurar semejante instalación organizó una fiesta que había de hacer época, una fiesta que debía ser recordada por los asistentes por los siglos de los siglos. Mi tío Aldy era un poco exagerado, desde luego, y bastante fantasma, pero por otro lado también hay que pensar que tenía dinero de sobra para permitírselo.

El tío Aldy, que quería pasar a la historia como fuera, inauguró aquellas vastas instalaciones, para que nadie lo olvidara, en una fecha señalada, el 31 de diciembre del año 2000. El programa que había ideado era completísimo, y del público asistente no digamos nada. Vinieron varios políticos de renombre nacional, ministros, un portavoz parla-

mentario, el delegado del gobierno de la provincia, algunos alcaldes de los pueblos cercanos, tres o cuatro *vedettes* de todos los sexos –entre ellos, un cura que salía en la tele–, media docena de artistas adscritos a los diversos grupos de presión, otros cargos oficiales variados y, por supuesto, la familia en pleno, todos ellos, como es lógico, acompañados de sus respectivas esposas, en su caso, o queridas y queridos, que de todo había.

A las once de la noche, tres horas antes del paso por el meridiano –porque el tío Aldy era muy meticuloso y tenía la finca prácticamente encima del meridiano de Greenwich, aunque aquello fuera un poco de casualidad–, hubo una recepción de invitados con bebidas, e, imagino, otras clases de drogas, en la descomunal casa de la finca. Luego un concierto en el que se iba a tocar la "*Música para los Reales Fuegos Artificiales*", acompañada, claro está, por los inevitables fuegos. A aquellos efectos había contratado a una orquesta que tocó la *suite* completa, sin dejar nada y haciendo las pausas como las escribió Haendel, y a una compañía que, encabezada por un francés con chistera, se iba a ocupar de lo de la pirotecnia. Acabada la música y los fuegos, una hora después de lo de la medianoche oficial, los invitados entraban a cenar, pero, ¡sorpresa!, la cena iba a ser en una de las cuadras, la más grande, que aún no había sido habitada por los caballos. Los invitados e invitadas debían uncirse al pesebre con la cebilla –o como quiera que se llame a tal pieza–, y allí, amarrados como caballos, o como vacas, cenar; los camareros pasarían sirviendo a todo el mundo, etc. Así de bestia era mi tío Aldy. Sin embargo, tal proposición fue muy bien acogida por el público presente y nadie puso objeciones, más bien al contrario. Tampoco hay que perder de vista que el alcohol –y las otras drogas, como decíamos–, habrían hecho su efecto.

–¡Hay que ver, qué original!

–Sí, ¡vaya manera de recibir al Milenio...! ¡Qué maravilla!

–¿Al Milenio...? Pero ¿usted cree...? ¿No era el año pa-

sado?

Mi tío Eduardo, quien a la postre iba a ser mi padrino, estaba en plena subida.

—Mi querida señora, veo que no está usted muy informada sobre las peculiaridades del calendario.

La tal querida señora, que iba vestida de época y era una de sus más antiguas y afamadas queridas, puesto que si mi tío Eduardo se distinguía por algo, era por lo putero, y eso se le notaba incluso de mayor, no dejó pasar la ocasión. A la tal señora le iba la marcha como a un tonto un lápiz.

—¡Edu!, no me mientas. Tú sabes algo que yo no sé...

Mi tío Eduardo, que con mujeres cerca se transfiguraba y manejaba una cadena de agencias de viajes, conocía el asunto de memoria.

—Pero, mujer, ¿tú sabes la cantidad de dinero que hemos ganado con la historia del Milenio? Chist, calla, no digas nada que esto es un secreto... El año pasado les vendimos el cambio de siglo y de milenio..., (celebre usted en las Maldivas, o en ese sitio al que va todo el mundo..., Waikiki, o como se llame..., o en Indochina, ¿o por qué no en la punta del Kilimanjaro...?, el acontecimiento de su vida..., etc.), y este año hemos vuelto a hacer lo mismo. La idea ha sido de un asesor que tengo que..., ¡ja, ja! Los del Consorcio nunca habían ganado tanto dinero. La gente es que debe de ser idiota, cada vez me lo parece más.

Al lado de mi tío había un ministro que asentía a todo, como tiene que ser. Ya se sabe, poderoso caballero es don dinero.

—Sí, es que es idiota, es idiota, ya lo digo yo...

Mi tío Juan, que era importador de *champagne*, estaba totalmente de acuerdo. Mientras se dejaba atar al pesebre por un camarero de muy buenas maneras, tres cuartos de lo mismo.

—Me pregunto cuánto vale un número del Almanaque Astronómico Internacional... Así, los que no lo saben saldrían de dudas.

—Calla, hermano, ni una palabra.

—Tiene gracia la ignorancia de la gente. Sin embargo, cuando se trata de pagar a la Hacienda Pública, todo el mundo conoce muy bien la fecha. Nadie dice, que no es este año, que es el que viene... ¿Cómo es posible que se dejen engañar de esta manera?

La cena fue exquisita. Primero sirvieron ostras, ostras con *champagne* francés, ostras a punta de pala en fuentes descomunales que los camareros dejaban en los pesebres. Luego una cosa verde en copas de fantasía, sorbete de apio o una ridiculez de ese estilo, porque el tío Aldy había traído a un cocinero suizo de renombre para que dirigiera la operación y todo estaba saliendo a pedir de boca. A continuación una ensalada de fábula, que, entre sus ingredientes, si vamos a creer las tarjetas que se imprimieron y yo vi de mayor, contaba con lombarda, remolacha con rábanos silvestres, *esterlet mariné*, trufas cocidas en *champagne*, esturión ahumado, filetes de perdiz, caviar, lengua de reno y jamón de alce. ¡Allí no se andaban con tonterías! Después marisco, langostas, cigalas, percebes... Los camareros no paraban de dar vueltas y no se vio ni una sonrisa, aunque imagino que en la cocina el cachondeo sería total. Por fin, lenguas y solomillos de bisonte, para lo que se había hecho una verdadera matanza en la ganadería, pero, claro, una ocasión es una ocasión.

Luego sonó un gong y el tío Aldy se desabrochó la cebi-lla, que no era fácil, y salió al estrado ante la expectación general. Le trajeron un micrófono en una bandeja y el tío Aldy habló. En su cara se adivinaba una cierta burla, aunque la mayoría de los presentes pensaron, seguramente, que ello se debía a aquel momento tan especial.

—Señoras, señores... —empezó con su habitual sorna, aunque nadie se dio cuenta de nada—, son las doce menos cinco de la noche, o las dos menos cinco en los países civilizados, y, como ustedes saben, vamos a cambiar de milenio de un momento a otro. Yo les ruego que esperen un instante mientras nos traen los postres..., porque ahora viene..., la última sorpresa... ¡La sorpresa del Milenio!

Los invitados, que debían de estar todos muy borrachos, prorrumpieron en aplausos entusiasmados en espera de la anunciada aparición, y mi tío depositó el micrófono en la bandeja. Entonces, con su mejor sonrisa y mientras la mayor parte de los presentes miraba hacia la puerta por donde entraban los camareros, sacó un mechero, se agachó y pegó fuego a media docena de tracas que, en secreto, había colocado el francés de la chistera y corrían bajo los pesebres a todo lo largo de la enorme habitación.

Los invitados, amarrados como estaban, al principio no se dieron cuenta de lo que sucedía, pero cuando comenzaron a sonar las explosiones, y no eran petarditos de feria, no, que eran como bombas de terroristas, el pánico se desató y más de uno estuvo a punto de morir estrangulado. ¡Allí fue Troya! Los gritos, las explosiones, los aullidos, los juramentos, los vanos intentos de desatarse, las patadas al aire, todo era lo mismo...

Mi madre, María, a quien en su juventud habían llamado María la superbuenita —y esto por razones obvias—, embarazada de siete meses de su tercer y último hijo, se desvaneció primero, se quedó colgando luego de la cebilla..., y a continuación me abortó, allí, en mitad, ante todo el mundo, aunque tampoco se podría decir que estuvieran todos mirando. Yo, de repente, empecé a salir entre sus piernas como si fuera un monstruo mientras las explosiones se sucedían a mi alrededor, y a lo mejor es por eso por lo que siempre he sido un poco sordo. Mi tío Eduardo, que era una mula, y además médico, aunque no ejerciera, al ver el panorama pegó tal tirón a la cebilla que la arrancó de la pared, y con ella al cuello se quitó la chaqueta, me envolvió y me sacó de allí; debió de ser por eso que le hicieron mi padrino y me pusieron su nombre. De mi madre se olvidó todo el mundo pero no le sucedió nada, perdió un poco de sangre pero no hubo más, aparte de que casi se estrangula. Mi madre estaba hecha de muy buena pasta, se notaba a distancia, y a los pocos días ya estaba como una rosa y dándome de mamar, o por lo menos eso se cuenta.

La gente, los que habían conseguido soltarse, los camareros, en fin, todos, porque aquello no se lo esperaba nadie, corrían e intentaban salir huyendo, y los escoltas de los diversos políticos, que estaban cenando en la cocina y entraron en cuanto sonó la primera explosión, empuñaban sus pistolas mirando a todas partes y corrían de un lado a otro sin saber qué hacer ni qué decir.

—¡Señor gobernador, señor gobernador, por aquí, por aquí...! —o bien— ¡señor ministro, póngase aquí, al suelo, al suelo...!

El señor gobernador, o el señor ministro, enfundados en sus trajes marrones eran llevados en volandas de un lado a otro, los políticos de menor rango huían bajo una lluvia de fuego y los diversos artistas aullaban en medio de la confusión; el cura que salía en la tele se cagó. Yo, todo esto, aunque estaba allí en medio, sólo lo conozco de oídas, claro. Y además, hubo dos heridos. Uno fue un camarero, a quien uno de los policías pegó un tiro en una pierna por moverse a destiempo, y el otro, o mejor, la otra, una de aquellas *vedettes* televisivas invitadas que casi se descoyuntó con la cebilla al intentar salir por donde no podía ser.

Mi tío Aldy, que lo tenía todo previsto, salió corriendo, se montó en su coche, un todo-terreno descomunal que parecía un camión y en donde le esperaba una de sus legendarias amantes, se subió a la loma de enfrente, apagó las luces y, con unos prismáticos, estuvo dos horas riéndose y observando a distancia las secuelas de su elaborada y pesada broma. ¡Acabaron llegando hasta helicópteros! Luego sacó una botella de *champagne* —y Dios sabrá qué más cosas—, encendió la calefacción y se pasó la noche cohabitando, por decirlo de una manera fina, pero es que no era para menos, ¡el cambio de Milenio...! Mi tío Aldy, por aquellos tiempos, ya tenía más de cincuenta años pero estaba muy bien conservado, lo que también ha sido siempre de familia.

Como había instalado una cámara de vídeo oculta para filmar lo que sucediera, yo tuve ocasión, de mayor, de ver mi nacimiento en directo, que no le ha sucedido a todo el

mundo. La cámara funcionó durante dos horas y nadie reparó en ella. Luego se apagó. Al cabo del tiempo, cuando ya era mayor, el tío Aldy me regaló la cinta.

—Toma, para ti, esto sí que es tuyo. Quédátela tú.

Yo conocía su existencia pero nunca la había visto, sólo había oído hablar de ella, así que aquello me gustó, claro, porque de los sucesos que tienen lugar cuando eres muy pequeño, luego, de mayor, no te acuerdas de nada.

—Vale.

El que más se enfadó fue mi padre, y por lo visto estuvo tres meses sin hablar a su hermano, y eso que mi padre también las había hecho pardas, como cuando cagó en el piano, dentro, que tocaba la abuela, que era un Steinway blanco de cola que casi no cabía en el salón, pero el tío Aldy, que se las sabía casi todas, se las ingenió para que aquello no fuera a más.

—Pero, hombre, ¡qué mala suerte...!, también es mala suerte..., ¡con lo que yo quiero a María! ¿Cómo iba a hacerle eso? ¿Quién iba a hacer algo así...?

... y lo que decía era verdad. El tío Aldy a mi madre la adoraba, y debió de ser una de las pocas mujeres que le gustaron —porque que le gustaba estaba claro— a la que nunca tiró los tejos. Mi tío Aldy era un cafre para algunas cosas, pero así y todo también tenía sus normas. A mí siempre me cayó muy bien.

Y en cuanto a los políticos, las *vedettes*, los policías y todos los demás, el asunto se saldó de la forma más simple. Al final le pusieron una multa, que para mi tío era una multa, por algún peregrino motivo de esos que genéricamente se conocen como "alteración del orden público". Está claro que no hay como pagar el impuesto revolucionario, y él lo pagaba, lo sé de buena tinta. A la *vedette*, en cambio, que casi se había descoyuntado y le había puesto un pleito, le echó tres o cuatro polvos y aquí paz y después gloria.

Poca paz, ahora que lo digo, y menos gloria, es lo que nos depara la vida, pero eso no quita para que en toda ocasión y momento nos mostremos optimistas. Sí, porque des-

de los espacios etéreos, los infinitos espacios de allá arriba, alguien nos mira y de ello no tenemos ni idea. Disimulemos.

EDUGUÁ

Mis primeros recuerdos son de un perro que tuve de pequeño. Se llamaba Romo y nos criamos juntos. Era una mezcla de pastor alemán y algo raro, y me lo dio, como no podía ser de otra forma, el tío Aldy. Un día fuimos a ver una camada –yo no me acuerdo de esto, me lo contó mi padre, pero además he visto fotos del suceso, que es la ventaja de tener un padre aficionado a la fotografía– y elegí uno que tenía una peluca descomunal, negra y marrón; yo tenía entonces tres años y me gustaban los bichos con el pelo largo, como a todos los niños. El Romo era el típico perro listo que funcionaba a su aire. Abría picaportes, robaba comida de la cocina, se escapaba de casa en pos de las perras que le gustaban y todas esas cosas. O sea, durante toda su vida fue un perro normal.

–Y tú, Romito, que eres tan guapo, ¿qué es eso que tienes en la pata? A ver, échate aquí...

El Romo, sentado en el suelo, me miraba atentamente como si me entendiera y barría el piso con el rabo, y luego, cuando averiguaba lo que tenía en la pata, nos pegábamos tres o cuatro revolcones. Esto sucedió mientras fue pequeño, aunque de mayor, con su proverbial paciencia, también se dejaba hacer cualquier cosa, pero entonces tenía uñas aceradas, y tras algunas escaramuzas decidí que había que andarse con cuidado, porque yo, de pequeño, siempre fui muy precavido.

Cuando era pequeño la abuela me decía, Eduardo, ¿cómo te llamas?, y yo, con mi media lengua, contestaba, eguago. Toda la familia se reía a carcajadas porque, como ya dije, mis tíos eran muy dados a hacer mucho ruido a la menor oportunidad, se les veía la vena tropical. De eguago

a el guarro no hay mucho, la verdad, así que yo me llamé toda mi vida Eduardo el guarro, lo que venía muy bien para que me distinguieran de mi tío. La abuela, después de todo esto, aún me puso otro nombre, un nombre que derivaba de lo anterior, la abuela era muy ocurrente: me llamaba Eduguá. Eduguá, niño, ven aquí; Eduguá, dame un beso; Eduguá, tráeme la labor, anda, niño, hazme el favor. La abuela nunca decía hijo, o nieto; siempre decía niño.

El quezalé, el *Ramphastos cuvieri*, es un tucán propio de Colombia del tamaño de un cuervo que se puede domesticar; la abuela tenía uno en una percha de loro. El quezalé es muy dado a repetir todo lo que oye, pero para esto hay que tenerlo desde pequeño. Otro pájaro de Colombia es el *Ramphastos inca*, pero a ese no sé cómo le llamaban. Siempre está bien tener pájaros en casa. A mí me gustan mucho más los tucanes y los guacamayos multicolores que los cuervos y las urracas, pero ya me doy cuenta de que no todo el mundo puede tenerlos, por lo menos en Europa.

EL CACHO MADERA

Yo me llamo Cacho Madera, yo fui de la generación del clic. En el colegio me decían Cachito y me cantaban aquella de cachito, cachito, cachito mío, que yo odiaba, y como era el más alto de la clase más de uno se llevó un guantazo, a pesar de lo cual siempre me ha gustado la música, aunque no el cha-cha-chá. La tata me decía cachito, cachito, etc., y luego la cosa llegó al colegio, me imagino que de la mano del guarro, aunque esto ya me sucedió de mayor.

Cuando era pequeño mi padre me ponía delante cinco cartas de forma que yo no pudiera verlas y me decía, coge el tres, o coge el seis, o coge el rey. Mi padre era muy aficionado a estos experimentos, y yo, a veces, pero muchas veces, muchas más de las que serían lógicas, cogía el tres o cogía el seis o cogía el rey. Para mí era lo normal, aunque luego me enteré de que lo llamaban telepatía.

Cuando yo era pequeño, delante de casa había un bosque de pinos piñoneros. En verano recogíamos piñones y nos los comíamos, pero otras veces los llevábamos a la cocina y la cocinera hacía unos empiñonados superiores. Yo, desde que descubrí lo de los empiñonados, no volví a comerme los piñones al pie del árbol; el guarro sí, el guarro era bastante tragón, sobre todo de niño.

EDUGUÁ

Este es mi hermano, pero nosotros también teníamos una hermana. Se llamaba Claudia y a mí me sacaba once años, al Cacho sólo seis. Claudia fue quien me enseñó a leer, a escribir y a sumar. Las mujeres, en toda edad y momento, alucinan con los niños pequeños, están todo el tiempo sobándolos y haciéndoles cosas, y Claudia sólo me tenía a mí, el Cacho ya no era pequeño, aunque también le gustaban las primas, Beatriz y Anita, las hijas del tío Eduardo, pero ellas vivían lejos y no las veíamos mucho.

Claudia era como una princesa, era como Blancanieves, aunque nunca se perdió en el bosque. Era alta y rubia y solía llevar flores en el pelo, y con semejante aspecto imagino que estará justificado que diga que parecía una princesa. A mí me enseñó a leer a los tres años y a escribir a los cuatro, porque por esa época yo aprendía rápido, y más con Claudia, que era de las que no te daban respiro. De mayor estudió disciplinas tremendas, ciencias exactas, y de pequeña, o de joven, ya se le notaban las tendencias.

En casa, en la de mis padres, la mía mientras fui pequeño, vivíamos ocho u nueve personas, dependía; a veces había tres chachas y a veces cuatro, cocinera incluida. Los demás éramos los jefes y nosotros tres. Al revés de lo que sucedía en casa del tío Aldy, o en la de la abuela, animales no hubo muchos. El Romo estuvo todo el tiempo, sí, pero los demás fueron muy pasajeros. Hubo pájaros multicolores, claro, que nos traía el tío Aldy, gatos, tortugas y hasta

un caimán de no sé donde, pero la afición desmedida por los bichos era más bien propia de la familia del jefe, y como a la jefa todo aquello no le hacía demasiada gracia, no duraron mucho.

La casa, eso sí, era grandísima. Allí cada uno tenía su cuarto, excepto Claudia que tenía dos; vamos, tres si contamos el vestidor. En cuanto tuvo diecisiete años y empezó a estudiar aquello suyo, lo de las matemáticas, se hizo con el cuarto de al lado, que era muy grande y estaba poco menos que vacío, no se usaba nunca, y primero lo empapeló de papel de colores –yo la ayudé– y luego lo llenó de máquinas, de ordenadores gigantescos, de ordenadores a lo bestia, y por las tardes tenían lugar grandes reuniones de condiscípulos suyos, de futuros matemáticos. Los amigos empezaron muy finos, pero en cuanto transcurrieron unos meses aquello se convirtió en una especie de academia de tipos desgreñados y ojerosos, siempre con papeles en la mano y bolígrafos en los bolsillos. El jefe entraba a veces y discutía con ellos, pero luego dejó de hacerlo porque decía que de todo aquello no entendía una sola palabra.

–Desde que yo estudiaba, todo esto ha cambiado mucho; vamos, muchísimo –eso decía.

Yo por entonces sólo tenía seis años, o sea que de lo único que me enteraba era del aspecto general del panorama. Bebían mucho y fumaban a lo bestia. Organizaban unas meriendas brutales de cosas buenísimas, pan tostado con mantequilla, té, chocolate del negro, etc., y yo, con el Romo detrás, siempre me apuntaba, pero del tema de las matemáticas casi nunca entendí nada, como el jefe, aunque ellos me hacían toda clase de trucos y me dejaban deslumbrado.

A mí lo de las matemáticas siempre me pareció muy serio, muy importante, algo con lo que se podía hacer magia. Tú escribías cualquier número, y el otro, el que te hacía el truco, otro número cualquiera, y debajo otra vez lo mismo. Esto se hacía varias veces, y al final sumabas y te salía el número de tu teléfono, o el de la matrícula del coche del jefe, siempre salían números que te sonaban de sobra, que

conocías de memoria. Cuando yo era pequeño todo aquello me hizo cavilar muchísimo. El truco era elemental, pero pasó mucho tiempo antes de que consiguiera darme cuenta de cómo era, pasaron décadas.

Para colmo, y pese a que esto pueda sonar un poco raro, en aquellas reuniones sólo se oía música del barroco, música de Vivaldi, Haendel, Rameau, Zelenka, Tartini, Biber, Bach y tantos otros, y se dedicaban a descifrar, ayudados por los ordenadores, los patrones matemáticos de las partituras, porque, aunque muchos no se lo crean, las partituras no son sino patrones matemáticos. A Claudia nunca le dio por tocar nada, pero había un par de ellos que tocaban violonchelo y flauta, además tocaban bien, tocaban que te caías de espaldas, y claro, en aquella zona de la casa hubo numerosos conciertos vespertinos, y la abuela, que se interesaba por todo lo que se refiriera a la música, más de una vez asistió a ellos. De todo esto me doy cuenta ahora, cuando soy mayor, porque por aquel entonces no me enteraba de nada; simplemente me parecía magia.

En la parte de la casa en que mandaba Claudia, que ya digo que era muy grande, siempre estuvo todo limpiísimo, reluciente, todo lo contrario que en el cuarto del Cacho, que era un desastrado total. Desastrado viene de astro, y el Cacho, que era rubio y muy alto, incluso de joven, nunca tuvo mucha estrella; eso también se dice y no es broma. El Cacho lo solía tener todo tirado. En vez de tener la ropa en el armario la tenía repartida por las sillas, encima de la cama, entre los libros de las estanterías, y metía la bici en su cuarto, de las que a veces tenía hasta dos, y varias tablas de surf, de las grandes y de las pequeñas, y eso que casi no hacía surf. La jefa estuvo una temporada intentando poner orden, pero con el tiempo lo dejó. Yo creo que se dio cuenta de que es cierta esa ley de la termodinámica que dice que el desorden aumenta continuamente en la dirección de la flecha del tiempo, y esto, ahora que lo pienso, ha sido verdad siempre y es fundamental no perderlo de vista. El Cacho, a veces, para disimular, metía las bicis debajo de la cama, pe-

ro dejó de hacerlo porque decía que los pedales daban en el colchón y luego le dolía la espalda, un asunto este que siempre arrastró.

Al Cacho, al revés que a Claudia, nunca le gustó estudiar. En el colegio era famoso desde pequeño, pero esto se debía a que, ocasionado por su altura, jugaba al baloncesto, para lo que le sobraban facultades. Conseguía meter el balón por el aro desde las posiciones más inverosímiles, y, como él se hartó de repetir, con dos tíos encima tirándote de los huevos. Empezó jugando en el puesto de base, pero conforme iban pasando los años, conforme iba creciendo, fue ascendiendo en el escalafón y al final era el *center*, o sea, el cinco. Esto era en el colegio, pero luego, ya digo, a medida que fue creciendo aquello se le quedó pequeño y se dedicó al *street-basket*, que se juega en la calle y tres contra tres, no cinco contra cinco. Él jugaba con cualquiera que se lo propusiera, pero tenía dos amigos, o conocidos, también muy buenos y muy altos, con los que hizo un equipo que ganaba a todo el barrio, ganaban hasta a los americanos que había en el colegio y estaban allí becados para que echaran una mano en los entrenamientos, porque el colegio al que con el tiempo fui, o sea, fuimos, el Cacho y yo, tenía un equipo que jugaba en primera división, e incluso algunos años en los torneos europeos.

El Cacho, por desgracia, tenía mal perder –menos mal que ganaba casi siempre–, y los que jugaban con él debían de ser por un estilo, porque una tarde, después de uno de los raros encuentros que perdieron, se enfadaron tanto con los que les habían ganado que se liaron a golpes y el partido acabó como el rosario de la aurora. El Cacho Madera, que era una bestia, de los golpes y patadas que dio le rompió la cabeza a uno de ellos y lo dejó en coma cerca de un mes. Acabaron todos en comisaría, y el Cacho, aunque también cobró y le partieron la mandíbula, se la cargó con todas las de la ley. Hubo juicios y más juicios y el jefe le puso firme en un par de ocasiones; yo le vi incluso llorar. Durante una temporada, una temporada muy larga, le dijeron de todo,

incluido el tío Aldy, al que aparentemente no perturbaba nada y era su padrino, ¡por qué no te habrá dado por jugar al tenis...!, porque al Cacho también le gustaba mucho el tenis, y jugaba bien. Lo único que sucede es que los que juegan al tenis suelen ser muy finos, y de los amigos del Cacho no se podría decir que lo fueran ni que les entusiasmara el deporte citado, no, sino que lo que más les gustaba eran los polvos blancos envueltos en papel. Aquello lo vi con frecuencia cuando era pequeño, aunque entonces no entendiera casi nada.

Aparte de los tíos, los que eran hermanos del jefe, teníamos otro, otro tío, el tío Rodrigo, que era de la otra rama de la familia. Era hermano de la jefa y no se parecía en nada a ella, en nada. Con tantas mezclas resultó que debía de haber salido a algún antepasado de la parte de Transilvania, que si no, no se explica. Era alto, delgado, moreno, no se reía nunca y tenía cara de drácula. Además, iba vestido de cura; vamos, de cura raro, porque era como de una secta. Con el tiempo llegó a ser general, aunque por aquel entonces debía de ser sólo teniente coronel. Alguna vez venía a casa, aunque no mucho, y alguna vez estuvo en casa de la abuela, y a la abuela no le gustó nada. Al Cacho Madera le cogía por los hombros y le tocaba la cabeza, le tocaba el pelo. A él le debía de parecer muy moderno, pero al Cacho, cuando tenía diez años, se lo llevaban los demonios. De mí pasaba, seguramente porque le parecería muy pequeño.

NIÑOS EN NOCHE DE REYES

En esta etapa de mi vida, como es lógico, lo que más me gustaba eran las Navidades. En casa de la abuela Tente las Navidades eran sagradas y se celebraban a la vieja usanza. Las semanas previas había una gran actividad en la cocina. La cocinera, que era de un pueblo de Jaén, ayudada por las otras muchachas hacía turrón, se pasaban una semana entera moliendo almendras y avellanas. Yo metía los dedos en

los tarros de miel y me reñían y me mandaban al baño a lavarme las manos, aunque antes me las chupaba bien. Luego, los últimos días antes del veinticuatro, traían unos bichos, a los que llamaban pollos, que debían de pesar sobre cuatro o cinco kilos; traían varios porque allí comía y cenaba mucha gente. Eran unos bichos monstruosos. Los traían vivos y andaban por casa varios días. No los dejaban salir de la cocina, pero ellos se escapaban y entonces se armaba la de Dios es Cristo. El Romo, que se llevaba bien con los gatos y las iguanas —al quezalé ni lo miraba, le debía de haber dado algún susto de pequeño—, se dedicaba a perseguirlos por el pasillo y el salón, pero a perseguirlos a lo bestia. El Romo nunca entendió que no se debían hacer cosas como aquellas; para él, un pollo siempre era un pollo, daba igual en donde estuviera. Los pollos intentaban volar desesperadamente y se subían a los sofás, a las estanterías y a los cuadros, y se llenaba todo de plumas. Se armaba un guirigay generalizado, todos gritando, todos corriendo, la abuela, las chachas, hasta que conseguían echarles mano y restablecer la situación. Al Romo le encerraban en la carbonera y a los pollos los devolvían al *office* a escobonazos. Entonces el Romo se dedicaba a aullar lastimeramente, y cuando le soltaban salía todo negro y hecho un asco.

Los pollos, que vivían unos cuantos días en casa de la abuela y les daban maíz en el planchero, eran degollados encima de una jofaina porque había que sacarles la sangre poco a poco, operación que llevaba a cabo la cocinera, pero otras veces los colocaban con el cuello sobre el asiento de una silla, ponían encima el palo de una escoba, apretaban con el pie... y sonaba un ruido como de algo que se ha roto. Una vez se escapó uno sin cabeza y consiguió llegar a la parte de delante; se recorrió el pasillo entero y lo llenó todo de sangre, la iba perdiendo por el cuello. A nosotros no nos dejaban ver nada de esto, pero el Cacho y yo nos las ingeniamos para enterarnos.

En la cocina había un artefacto que nunca he vuelto a ver. Era una cocina de carbón, grande, maciza y forrada de

azulejos, con muchas puertas negras y los picaportes relucientes. Las puertas eran la del horno y por donde se echaba el carbón, y también se podía sacar agua caliente por un grifo. Antes había una normal, una cocina normal aunque muy grande, como las de los restaurantes, pero la abuela dijo que no le gustaba y mandó traer una antigua, una que encontró en un derruido palacio de provincias, en el campo, y yo no sé si aquello sería antiguo o pasado de moda, pero la comida siempre estaba buenísima. En la cocina también había una puerta que daba a un pozo, eso me decía el Cacho, pero era mentira porque era la del montacargas. En realidad eran dos puertas. La de dentro, la del lado de la cocina, que era de madera y se cerraba desde dentro con un cerrojo, y la otra, la de fuera, que era de tijera, metálica y casi no se podía correr, había que ser mayor porque pesaba mucho. Las chachas, además, no me dejaban tocarla porque decían que me podía pillar los dedos.

La cena de Nochebuena y la comida del día de Navidad eran las ocasiones en que todo se volvía del revés. A nosotros, los niños, nos disfrazaban como si hubiera una fiesta y comíamos en la mesa con todos, comía toda la familia junta. La abuela se sentaba en la cabecera de la mesa —bueno, la abuela siempre se sentaba en la cabecera— y el tío Aldy en el otro extremo. En los demás sitios estaban los jefes, el tío Eduardo, la tía Beatriz, el tío Juan y nosotros salteados; a los niños no nos dejaban sentarnos juntos para que no enredáramos, y ni siquiera podíamos darnos patadas por debajo de la mesa porque era muy ancha. En total éramos doce personas y el Romo. Al Romo le dejaban estar allí porque se portaba bien, se estaba quieto y no pedía comida, aunque miraba todo como si lo entendiera. Los demás animales eran, Quezalé, el tucán, que estaba en su percha, y el gato persa de la abuela, que no se levantaba del sofá. El gato persa era precioso, como para llevarlo a un concurso, pero era medio tonto, el pobre; nunca hacía nada, sólo dormir.

La cena de Nochebuena era todos los años la misma, la mejor cosa del mundo, huevos encapotados. Los huevos

encapotados son huevos fritos envueltos en besamel, rebozados, empanados y vueltos a freír. El truco consiste en que el huevo, allí dentro, debe estar como un huevo frito, con la yema blanda. A nosotros sólo nos dejaban comer uno, pero el tío Aldy y el jefe se comían dos o tres, y una vez el tío Eduardo se comió cuatro y la tía Beatriz se enfadó muchísimo. Luego nos poníamos ciegos de toda clase de dulces, sobre todo de turrón, del turrón que se hacía con anterioridad en la cocina y del que ya hemos hablado, y acerca de él voy a decir algo. Yo pensaba que turrón sólo había uno, el que yo conocía, pero cuando ibas a casa de alguien y te decían, niño, ¿quieres turrón?, venga, coge, y cogías, la mayor parte de las veces te llevabas una sorpresa de lo más desagradable. ¿Qué era aquello? ¿A aquello le llamaban turrón...? Pero no decías nada, claro, sino que te lo tragabas y luego dabas las gracias, gracias, es que no me gustan mucho los dulces.

Cuando se acababa la cena, la abuela se ponía al piano con el traje largo, traje de dar un concierto, y tocaba y cantaba unos villancicos rarísimos, aunque también sabía "Noche de paz". Tocaba uno, todavía me acuerdo de él, que debía de ser colombiano, bueno, o peruano, y cuya letra decía algo así,

*Cholito, tocá y retocá,
toca el tambó e la quená,
bebe pisco y masca cocá,
que esta noche e Nohegüená.*

Con el piano imitaba las flautas andinas que daba el pego, porque la abuela tocaba de película, como los de verdad, ya digo que le había enseñado el abuelo, y sus hijos cantaban con ella; en cuanto empezaba a correr el *champagne* se ponían todos muy melancólicos.

Esa era la única noche del año en que nos dejaban quedarnos despiertos hasta muy tarde, aunque luego dormíamos allí, en un cuarto los hombres, Cacho y yo –y el Ro-

mo-, y en otro las mujeres, Claudia y las primas.

El día de Navidad, que era el día siguiente, había otro festín. Aquel día se comía pollo, pollo pollo. Yo aún conocí el pollo, cosa que poca gente puede decir hoy en día. El pollo es un volátil de buen porte, maneras erguidas y orgulloso a mitad de su truncado camino hacia el gallerío; todo parecido con lo que luego se ha llamado pollo es pura coincidencia. Visto en el plato –en casa de la abuela lo ponían en pepitoria, de una forma que allí llamaban pepitoria, que es una clase de guiso– presenta un aspecto macizo de color marrón, tostado. La salsa es consistente. Dentro de la boca su trabazón es como la de la langosta, o como la del bogavante, algo tieso, no duro, y sabor entre merluza y buey, lo que no es raro si se piensa que las aves descienden de los saurios, puede que hasta de los dinosaurios. Al final tiene toques a fruta, a madera, a gusano, a hierba, a boñiga..., lo que tampoco es extraño porque es lo que comen los pollos que están buenos; si sabe a penicilina, o a medicina en general, a ese pollo le sucede algo. La comida, luego, se acababa con el consabido turrón, pero de él no digo nada porque ya he dicho muchas cosas.

Después de comer se organizaba una gran partida de cartas en la que participábamos casi todos los presentes, y se jugaba al continental, que es un juego complicado. Hay que saber hacerlo y sostener muchas cartas convenientemente ordenadas en la mano, pero a mí no me resultaba difícil; aunque era pequeño aprendí en seguida, y no gané nunca, pero tampoco era de los que perdían. La abuela tampoco ganaba nunca. Se reía mucho y gritaba y se impacientaba con las pausas de quienes no estaban suficientemente atentos, o sea, se lo tomaba muy en serio, pero al final casi siempre ganaban el tío Juan o Claudia, se conoce que eran muy desafortunados en amores, aunque de Claudia no creo que se pudiera decir nada semejante; bueno, y del tío Juan, que además era soltero, menos.

La Nochevieja, que era la que, saltándonos lo del día de los Inocentes, venía a continuación, también se celebraba,

pero en casa, no en la de la abuela. Venían todos, la abuela, los tíos, las primas..., y la jefa, aquella noche, se tomaba la revancha y no dejaba cocinar a nadie, cocinaba ella sola y hacía los menús a su gusto, pescado y bichos marinos de todo tipo, porque la jefa era más de mar que de tierra. Aquellas cenas constituían otro de los grandes acontecimientos anuales, pero yo estaba muy acostumbrado a lo del pescado, el pescado al horno, el pescado rebozado y frito, el pescado con mayonesa..., y todo ello no me llamaba tanto la atención como lo de los huevos gigantes, los huevos fritos y envueltos en besamel, o lo de los pollos mutantes. Lo que más me gustaba, en realidad, de aquellas cenas de fin de año, era que apagaban las luces y cenábamos con velas, muchas velas que daban al comedor un aspecto fantástico, y que nos dejaban beber *champagne*, no mucho, pero algo sí nos dejaban. Sin embargo, aquella era una fiesta más para los mayores y a los niños nos hacían acostarnos en cuanto daban las campanadas de la medianoche, las que marcan el paso de un año a otro, y Beatriz, mi prima, inspirada por los efluvios del alcohol empezaba a desvariar con sus historias. Las nocheviejas, aunque entonces no lo sabía, las iba a celebrar mucho más de mayor.

La noche de Reyes también dormíamos en casa de la abuela, pero los últimos años, Claudia, que era muy mayor, ya no iba. La abuela se las veía y deseaba para explicarnos a los demás por qué Claudia no iba, aunque se inventó algunas historias muy curiosas, y luego fue el Cacho el que dejó de ir.

La noche de Reyes era una noche mágica en la que había que hacer ciertos preparativos, para los que la abuela se daba mucha maña.

—En un caldero se deja agua, para que beban los camellos, y en una mesa, turrón, para los Reyes.

Antes de irnos a dormir teníamos que colocar los zapatos, cada uno el suyo, en lugares estratégicos del salón, el salón del piano, que era la habitación más grande de la casa, un cuarto forrado de raso de colores y espejos y que rara-

mente se abría, sólo en las fiestas. Mi prima Anita y yo, los pequeños, éramos ayudados en aquellos menesteres por la abuela, los tíos, los jefes y las chachas, que eran quienes más disfrutaban con toda aquella historia, y nos hacían colocarlos en los mejores lugares.

—Ponlo aquí; esto está al lado del balcón y los Reyes entran por este balcón, ya lo verás.

Nosotros debimos de ser de los últimos que hicimos estas cosas, pues ya por entonces tales celebraciones llevaban tiempo siendo sustituidas por otras parecidas y novedosas, como la de Papá Noel. A mí, Papá Noel no es que no me gustara, pero su escenografía no se podía comparar con la de los Reyes Magos. Estos eran tres y llevaban séquitos, cabalgaban sobre camellos y elefantes y venían de países en donde crecían palmeras. Además, en su cielo, que era un cielo limpio y lleno de constelaciones refulgentes, un cielo propio de lugares secos y cálidos, brillaba una estrella con cola, una estrella que los guiaba y de la que hay quien dice que era el cometa de Halley en una de sus periódicas apariciones. Comparar todo esto con las estepas heladas, unos renos, un trineo y un gordo vestido de rojo, no tiene mucho sentido desde el punto de vista de un niño.

Los Reyes, como es de imaginar, en casa de la abuela se portaban harto generosamente. Cuando por la mañana del día seis se abría la puerta y nos dejaban entrar en el salón grande —ceremonia que era preparada por la abuela con precisión militar—, aparecía todo el suelo sembrado de paquetes envueltos en papeles de colores, aquello era una auténtica exageración. En los lugares destinados a las personas mayores, en la pared del fondo, aún se podía advertir cierta moderación en el volumen y número de los envoltorios, pero en nuestra parte, la de los niños, los montones llegaban casi hasta el techo.

Lo que más ambicionaba yo por aquel entonces era uno de los típicos y enormes gorros de plumas que llevaban los jefes indios, los jefes indios de las praderas, y una vez, debió de ser a los siete años, los Reyes me trajeron uno gigan-

tesco. No creo que fuera de verdad, pero lo parecía; para mí fue de verdad de la buena. Estuve el año entero paseándolo por el pasillo de casa y tirando tiros y flechazos desde todas las esquinas; luego se apolló, y aún más tarde desapareció. Y otro de los objetos que un año me trajeron los Reyes fue un planisferio, un mapa del cielo. Aquello fue idea del tío Juan, que tuvo una época en la que estuvo muy interesado en la astronomía, aunque luego se pasó a la radioastronomía y montó en el tejado de una de sus casas, en el campo, un radiotelescopio pequeñito con el que se dedicaba a rastrear los cielos. El planisferio que me regaló era redondo y de color azul añil, y las constelaciones y los meridianos y paralelos celestes estaban impresos con una tinta que brillaba en la oscuridad. Yo me pasé largas horas aquel año en la cama, con la luz apagada, colocándolo en todas las posiciones imaginables. A ver cómo se ve el cielo en primavera... ¿Y en el equinoccio de otoño?

—Orión sube y sube sobre el horizonte sur mientras se desarrolla la noche, y luego baja, y la Osa Mayor da vueltas y más vueltas alrededor de la Polar en sentido contrario a las agujas del reloj; así han sido eternamente estos sucesos, y seguirán siéndolo aunque nosotros no estemos aquí para verlo.

Las enseñanzas del tío Juan me parecieron entonces muy misteriosas y como de otros mundos, pero de mayor descubrí que reflejaban ni más ni menos que la pura realidad, y una realidad bastante inmediata, además.

Las inclinaciones del Cacho Madera se decantaban más por los objetos contundentes, cosas relacionadas con los deportes o las manos, herramientas de carpintero, gorras de béisbol, extrañas bicicletas para actividades diferentes a la de simple paseo, etc., y en cuanto a Claudia, ¿qué se podría decir ahora, visto el asunto a distancia, de las preferencias de Claudia? Debía de ser una despreocupada, porque su principal afición la constituían unos libros muy peculiares, los libros de problemas, de los que tenía una enorme colección profusamente anotada y perfectamente ordenada, sobre

todo los de matemáticas, aunque también hubiera de física, geología, botánica, química, biología molecular y otras ramas del saber. Claudia pretendía dominarlo todo, era una enciclopedista. Claudia, de joven, era como Voltaire, o como Diderot, y en cierto sentido lo fue toda su vida. Lo que sucedió fue que de mayor se debió de dar cuenta de que el que mucho abarca poco aprieta y se decidió por la topología, por poner un ejemplo, o por el teorema de Fermat, al que dio diez millones de vueltas durante un año o dos, aunque luego se le pasó..., y de todo esto no voy a añadir ni una palabra más porque me parece que ya he escrito suficiente acerca de ambos extremos.

EDUGUÁ

A mí, de pequeño, también me gustaban mucho los antiguos trenes de vapor, eso nos ocurría a casi todos en la familia. Mi padre hacía colección de maquetas de locomotoras y tenía en su despacho unas cuantas vitrinas, iluminadas por dentro y cerradas con llave, en donde las exponía, y mi hermano, el Cacho Madera, cuando era pequeño, pequeño de edad, me refiero, y de dignidad y gobierno, porque la verdad es que nunca fue mayor, iba a la estación a verlas echar humo, a las locomotoras, aunque no sé si habría que decir locomotrices. Entre ellos hablaban en un lenguaje críptico. Hablaban de las Mikados, de las Confederación – de las que tengo entendido que sólo se fabricaron nueve unidades–, de las Santafé –que también se llamaban Montañas–, y dentro de éstas, de una a la que llamaban "la Bonita"... Cuando íbamos en tren a Ánimas, que nos llevaba mi padre, en aquellos antiguos vagones con balcón, con jardinera –porque aquel era un tren que tenía algo que ver con un museo–, yo iba agarrado a la barandilla, muy molesto por el traqueteo y el ruido generalizado, renegando y diciendo, ¡qué ruido...!, y mirando asombrado a todas partes. ¿Qué es esto?, decía mirando a todas partes... Yo llevaba

unos pantalones grises –cortos, naturalmente– y un jersey rojo ferrari; lo sé por las fotos. Mi madre, María la superbuena, era muy moderna para esto de los colores y yo era su preferido. A mí, en casa, me llamaban "el hijo de oro", me lo llamaban las chachas, y a continuación, claro está, mis hermanos, aunque ellos no sabían lo que decían pues todavía éramos muy pequeños para comprender tales sutilezas.

También debería hablar de mis sueños.

Por las noches, a veces, soñaba que desarmaba el armario que había en mi cuarto, un armario ropero de madera marrón oscura. Lo desarmaba en piezas, las baldas, los montantes, los hierros que se encajaban con una llave especial, las paredes..., y luego no podía volver a armarlo. Viendo tal cantidad de tablas me entraba la angustia, y ahora, ¿qué hago con esto?, ¿cómo se arma...?, y llegado a aquel punto me cogía el pánico y me echaba a llorar a grito pelado. Todo acababa cuando mi padre entraba en mi cuarto y me despertaba.

–¿Qué te pasa?

Mi padre estaba allí, en pijama, a mi lado, mirándome, y yo, cuando me despertaba, no entendía nada pero se me pasaba. Aquello sucedió varias veces, y resultaba tan vivo que todavía me acuerdo de algunos detalles.

El Cacho Madera no soñaba, pero de mayor quería estudiar para maestro chocolatero; yo, de mayor, voy a ser maestro chocolatero. En la familia, sobre todo los tíos, se reían. Chacho, ya que vas a ser algo, que sea algo gordo, como registrador, o cura, o piloto de combate, pero mira que chocolatero..., aunque la jefa le defendía, dejad al niño, que sea lo que quiera; además, ¡quién sabe...! Cuando el Cacho Madera era pequeño, pequeño de edad, y de dignidad y gobierno, porque a decir verdad, nunca fue mayor, iba a la estación a ver resoplar a las locomotoras, aunque a lo mejor había que decir locomotrices. Esto ya lo he escrito antes y no sé si tendrá algo que ver con lo del chocolate, o al revés.

Sí, a mí de pequeño me gustaban mucho los trenes de

vapor, las locomotoras, las que quedaban, pero también me gustaban las películas antiguas de John Wayne –las películas del oeste en las que salían los indios de las praderas, sioux y cheyennes–, los canutos de chocolate –que eran unos pasteles que hacían en una confitería que había al lado de casa– y caminar rascándome las piernas, esas eran mis debilidades, y como a mí me gustaba mucho aquello del Lejano Oeste, ahora voy a contar a ustedes la aventura de uno de mis antepasados, que debe de ser cierta porque la tengo documentada. Les voy a referir una letanía, una retahíla, pero una auténtica, escrita por un sobano de mediados del XIX que tuvo una hija con una apache chiricahua mientras pistola en mano conducía caravanas de burros cargados de mineral de estaño o de wolframio –nunca lo supe– de Acapulco a Veracruz. Ahora voy a hablar de un documento del siglo XIX en donde se cuenta la fabulosa historia de uno de mis antepasados, uno de mis tatarabuelos, de hecho el padre de la madre del padre de mi madre –aunque dicho así no se entienda y haya que pensarlo–, que se fue a las Indias, anduvo por el mismísimo *Far-West* y tuvo una hija, una hija que luego se trajo a España, con una apache chiricahua. La niña, una de mis bisabuelas, era cetrina como una india, con los labios hacia fuera y los ojos rasgados, los de su padre. De mayor, a juzgar por las fotos que aún hay, era guapísima, pero es que ya se sabe que no hay nada como el mestizaje para mejorar las razas.

No es extraño que a mí me llamen tanto la atención los indios porque yo lo soy en una dieciseisava parte, indio de verdad, de los de los montes Gila, y eso sin traer a colación lo que me toca de mi otra abuela, Tente. Negros, indios, extremeños..., yo qué sé, porque en Colombia sí que hubo mestizaje, hubo una época en la que ni siquiera se podía salir a la calle. En la antigüedad eran flechas envenenadas, y luego, más recientemente, balas explosivas; allí sí que no se andaban con tonterías.

Esto lo decía la abuela:

–Aquí sois todos unos señoritos. Yo iba con dos guar-

daespaldas a todas partes. Un día se enfrentaron a tiros entre ellos, y como se quedaron malheridos me tuve que volver a casa sola. Mi padre, al enterarse, salió a buscarlos, y a uno lo remató; el otro ya estaba muerto. Luego me pusieron de la Guardia Nacional, que eran más serios, aunque tampoco mucho... ¡Para que veáis!

A la abuela Tente le encantaban las batallas, aunque seguramente eran verdad.

Mi tatarabuelo, el sobano, se escapó de su casa a mediados del siglo XIX. Tenía dieciséis años y en su pueblo no había más que trabajo y estrecheces. Claro, era un pueblo perdido y eran aquellos tiempos, no los de ahora, en que todo el mundo, más o menos, come o se apaña; por lo menos en Occidente. Un amanecer se fue a segar y no volvió, aunque a su madre, antes de irse, sí le dio un beso. Había conseguido un billete para un barco que iba a Cuba, que por aquel entonces era el paraíso soñado, pero cuando llegó a puerto, cinco días después y la mayor parte del camino en el coche de San Fernando, resultó que el barco no existía, no había existido nunca. Aquellos timos estaban muy extendidos, pero él se las ingenió para sobrevivir unos meses sin que le echaran mano los guardias de la época, y cuando le estaba empezando a coger gusto a lo de raquear, se coló de polizón en un tres palos que iba cargado de trigo a ultramar. El destino no lo supo hasta que llegó, y lo mismo podía haber aparecido en Filipinas, pero a los dieciséis años esos detalles no tienen mucha importancia. Desembarcó en Nueva Orleans, o en un lugar cercano, y se mezcló en una caravana que partía hacia el oeste, hacia California, destino que tardó dos años en alcanzar porque por el camino los asaltaron los indios y mataron a mucha gente, pero a mi tatarabuelo, como era pequeño y se hizo el tonto, no le mataron sino que se lo llevaron a su tribu; por lo visto eran *cheyennes*, aunque mi tatarabuelo los llamaba de otra manera. Con ellos convivió un año entero, y luego, cuando llegó la siguiente primavera, se escapó vestido de indio y estuvo tres meses comiendo culebras y lagartijas –lo de las lagarti-

jas ya lo había hecho en su pueblo—, hasta que se topó con otra caravana que le condujo hasta el final de su viaje. Esto mismo, o parecido, lo he visto en alguna película del oeste.

En California no estuvo mucho, y eso que la mayoría hablaba castellano —castellano se habló mucho por allí, no hay más que ver los nombres de sus ciudades: Sacramento, Monterrey, Los Ángeles, San Francisco, todas esas— y que era la época de la fiebre del oro. Sin embargo, por algún motivo que desconozco emigró hacia el sur, cruzó la frontera y se dirigió a México, aunque antes, por el camino, pasó por Arizona, en donde había varias reservas de apaches, igualmente con nombres castellanos: Aguaverde, San Carlos... De este lugar ya lo dice todo su nombre, árida zona. No es oro todo lo que reluce, y aunque las películas del oeste (yo las he visto casi todas) suelen tener muchos detalles homéricos, la realidad debió de ser bastante más terrible y miserable.

En una de aquellas reservas estuvo trabajando una temporada, conduciendo caravanas de mulas desde los almacenes a los poblados indios, y allí fue donde se familiarizó con las mulas y los indios y aprendió su idioma, eso lo he oído contar, pero lo de casarse con una apache, con una india, con mi tatarabuela, no fue en aquella época sino más adelante, en México. En una foto, foto legendaria en la familia que siempre estuvo en el recibidor en un marco la mar de historiado, aparecía él de pie con sombrero y bigote. En aquella época debía de tener veintitantos años pero en la foto parecía mayor, parecía que tenía cuarenta o cincuenta. Llevaba pistola y rifle, y al fondo había una de esas mesetas— allí les llaman mesas— que salen en las películas del oeste, y debajo, con unos números ya muy borrados, ponía, "1.88..."; el último número no se sabía cual era. Lo que había en casa, en realidad, era una reproducción en sepia que hizo alguien, porque el original lo tenía el tío Rodrigo. Era un virado al oro, y por eso se había conservado tan bien al cabo del tiempo.

Luego, por lo que se colige del escrito, hubo un gran ro-

bo en las reservas y apareció el ejército, esos que salen en las películas vestidos de azul, y pusieron tanto orden que la mayoría hubo de largarse cuanto antes. La horca estaba a la orden del día, y aunque en aquella zona no había muchos árboles, los pocos que había los utilizaban sin ningún recato, a veces el mismo varias veces al día, circunstancia que precipitó su paso a Méjico, que era lo que más cerca le quedaba. Viajó con un grupo de conocidos y más de uno se ahogó en el río Grande. Debió de ser un viaje muy accidentado y allí perdieron a varios, y todo ello sin motivo, porque a lo mejor mi tatarabuelo era un mandado y no pudo robar nada; a saber.

Como en la época en que vivió en Arizona había llegado a familiarizarse con las mulas y los indios, al llegar a Méjico organizó una sociedad que se dedicaba al transporte de mineral desde la costa oeste a la este, desde Acapulco hasta Veracruz.

(Decir que organizó una sociedad, ahora que lo pienso, quizá sea decir mucho. La sociedad se debió de organizar sola, o dicho de otro modo, obligada por las circunstancias, porque en la colectividad de los humanos todo obedece a las leyes del mercado. Estas leyes del mercado son un calco de leyes más generales, las leyes de la termodinámica, pero eso lo sabe muy poca gente; la mayoría piensa que es alguna clase de ensalmo).

En aquella sociedad, como iba diciendo, intervinieron sobre todo los indios y las mulas. Las mulas eran las que transportaban el mineral en las grandes albardas que cargaban sobre sus lomos, y los indios quienes conducían las caravanas. Mi tatarabuelo, por su parte, se limitaba a cuidar de que todo saliera bien, y lo hacía armado hasta los dientes. A juzgar por lo que se puede leer en su escrito aquello debía de estar lleno de bandidos, y durante el viaje, vigilados por los omnipresentes zopilotes, atravesaban densas selvas, sierras remotas y despobladas, desiertos de sal y llanuras sembradas de hierba amarilla y extraños cactus de mil y una formas y colores. En casi todos los viajes hubo tiros,

pero el protagonista de esta historia, mi tatarabuelo, salió indemne –si no, yo no estaría aquí escribiendo esto–, aunque no todo el mundo debió de salir tan bien parado, porque en una anotación al margen, escrita deprisa y corriendo con otra pluma y otra tinta, muy borrosamente dice, "*la madre de Gerónimo, 200 ps. de pl. por entierro, 12 de octubre de 1896*". No creo que Gerónimo fuera el legendario jefe indio del que sabemos tantas cosas por la Historia, a lo mejor sólo era un primo lejano, pero eso escribí.

Con aquello, a juzgar por los apuntes que tengo, debió de estar varios años, bastantes años, diez o quince o quizá más, hasta que cogió en traspaso una ferretería que le ofrecieron en Ciudad de México que estaba en lo que era el centro de la ciudad y le cedió un conocido suyo que, por razones de quiebra, volvía a su tierra. Mi tatarabuelo debía de ser un negociante hábil porque el establecimiento prosperó en breve y fue ampliándose en años sucesivos con sucursales en lugares cercanos, y también debió de ser un buen escritor, porque el conjunto del cuaderno se lee mejor que otras muchas cosas que he leído. Sin embargo, no por eso dejó el negocio de los transportes de mineral, sino que lo conservó y lo hizo crecer, y al final, cuando ya estaba con ganas de volver a la península, compró uno más, un tercer negocio que no tenía nada que ver con los anteriores. Era una plantación de caña en una finca inmensa, y digo inmensa porque tenía un trencito que la recorría, un tren como los de las minas, un tren en miniatura del que también hay fotos en algún álbum antiguo. Aquello de la plantación de caña fue el colofón a su carrera mexicana, porque mi tatarabuelo llegó a ser todo un personaje. Le nombraron presidente de un casino, de una empresa de transportes con ramificaciones por todo el territorio y de varias sociedades filantrópicas, una de las cuales tenía el curioso nombre de "Sociedad para el desarrollo psicológico de Ultramar".

Fue en aquella última época de su estancia al otro lado del Atlántico cuando se casó con la india, mi tatarabuela, de la que lamento no poder dar mayores detalles porque por

encima de tal asunto pasa en su escrito de puntillas y como si no quisiera hablar de ello. Hace mención de los poblados indios y de algunas ceremonias a las que sin duda asistió, pero de lo que a mí me hubiera gustado leer, quién fue mi tatarabuela, cómo se llamaba, qué edad tenía y otros detalles por el estilo, ni una palabra. A lo peor mi tatarabuelo era racista y le parecía muy irregular lo que había hecho, o a lo mejor todo esto no es sino una leyenda y mi tatarabuela fue sabe Dios quien, una cantante italiana de una compañía de comedias como la de "*La carroza de oro*" (ya la he visto) o una puta de algún barrio chino... Estoy casi seguro de que esto no se descubrirá nunca, pero es que, además, carece de importancia porque yo no estoy descontento con mis antecesores, a mí no me ha ido mal. Puede que muchos de ellos fueran bandidos, saqueadores o delincuentes de cualquier tipo, pero eso, si se piensa, estadísticamente hablando nos ha debido de ocurrir a todos, de forma que el asunto tampoco tiene mayor alcance ni trascendencia, máxime que esta no es una historia de indios y vaqueros sino una historia de mestizos. Todos somos mestizos, y sin la menor duda descendemos por línea directa —mal que les pese a algunos— del mismo lugar, esos cuerpos celestes a los que llamamos estrellas.

Luego, cuando los indios y los revolucionarios empezaron a hacer de las suyas, porque por aquellos tiempos en Méjico había revoluciones todos los meses, liquidó sus posesiones, que debían de ser muchas, y se volvió a España justo a tiempo. A un hermano suyo, un hermano suyo al que había llevado como administrador, no le volvió a ver; un indito le segó el cuello en una esquina oscura.

Lo primero que mi tatarabuelo hizo al volver a España fue comprarse un antiguo palacete medio en ruinas que había en la mejor calle de la capital del reino, reconstruirlo, plantar delante media docena de palmeras del género *Phoenix dactylifera* que hizo traer de Cuba, y luego, para estar más ancho, hacerse con la calle colindante para poder ampliar el parque. El palacete tenía una escalinata principal

como la de *"Lo que el viento se llevó"* (la he visto, aunque no es de mis preferidas) y teléfono en todas las habitaciones. Los teléfonos eran negros y aparatosos y sólo servían para hablar de una habitación a otra, pero aquello, entonces, debía de ser muy moderno. También se compró todo lo que le quisieron vender en su pueblo natal, fincas, casas, todo, de donde había salido solo y mísero más de cuarenta años antes. Su hija, la medio apache, la abuela paterna de mi madre, pasó los inviernos de su juventud en los mejores colegios de Suiza y los veranos en el pueblo, adonde iban en tren, dos días de tren desde la capital del reino con parada y fonda en Alar del Rey. Luego otro día completo en diligencia hasta Ramales de la Victoria —que no hacía mucho había sido república independiente—, en donde se pernoctaba, y, por fin, una última jornada a lomos de caballería hasta su destino, su antigua casa en el pueblo del valle, que por aquellos tiempos se había derribado y vuelto a construir a base de piedra de sillería y con un mirador de castaño que ocupaba la mayor parte de la fachada. Sin duda era la casa más impresionante del pueblo, pero lo que mi tatarabuelo no hizo fue incrustarle un escudo de piedra, comprado en otra parte, en la fachada. Aunque se lo aconsejaron no lo hizo; mi tatarabuelo no creía en esas cosas.

Todo esto lo leí de mayor en un manuscrito con el papel amarillo, muchos cercos y la letra redondilla y medio corrida en algunos sitios. Era un cuaderno, o varios cuadernos, con los renglones torcidos, todo hecho polvo y las páginas fuera de sus sitios. Sin embargo, yo me las ingenié para repararlo y al final hasta se entendía, se podía leer de corrido. El tío Rodrigo se quedó con la foto pero desechó el manuscrito, nunca he comprendido el porqué. A lo mejor fue que lo sortearon y a él le tocó la foto.

A mí, de pequeño, me sucedían fenómenos muy raros, ya lo he escrito pero insisto en ello. No digo que tuviera facultades sobrenaturales, pero casi. Un día estábamos comiendo en casa de la abuela, era un domingo y algunos domingos íbamos a comer allí. A los pequeños nos ponían a

comer en la mesa de la cocina. Los pequeños éramos Cacho Madera, nuestras primas Beatriz y Anita y yo. En casa de la abuela se comían unas cosas maravillosas, siempre había unos menús que parecía que era fiesta, y es que en casa de la abuela debía de ser fiesta siempre, no sólo en Navidad.

Uno de aquellos domingos yo tenía ante mí un volován recién hecho, del hojaldre que hacía la cocinera al estilo de los siglos anteriores y relleno de besamel con merluza. A mí, aquellos volovanes hechos en el horno, me parecían el colmo de las aspiraciones de cualquiera; me podía comer cuatro o cinco tan tranquilo, y no es que fueran de los pequeños, precisamente. Pues bien, yo estaba atacando con saña el primero, cuando, de repente, me supo a aceituna, inconfundiblemente a aceituna. Yo, al pronto, me quedé desconcertado, pero luego supe, como si lo hubiera leído en alguna parte, lo que tenía que hacer. Me levanté de la mesa y fui a la sala, en donde los mayores estaban empezando. Me planté allí, ante todo el mundo, y pregunté,

—¿Quién está comiendo aceitunas?

Todos me miraron sorprendidos, y luego entre ellos. La abuela se sacó un hueso de la boca, lo dejó en el plato y, como con miedo, dijo,

—Yo, niño. ¿Y por qué lo dices?

Yo me quedé allí en medio, sin saber qué contestar, y acto seguido me caí redondo al suelo, lo que creó bastante revuelo. Llamaron al médico que vivía debajo, y la abuela estuvo durante una temporada mirándome inquisitivamente. Cosas como aquella me sucedieron varias veces.

Los telépatas más significados de la familia eran la abuela y el tío Aldy. Yo creo que se comunicaban a distancia, aunque nunca querían hablar de ello. Mi padre también, pero no tanto, y sin embargo le gustaba mucho referirse a aquellas cuestiones. De los pequeños, el Cacho Madera y yo éramos los únicos con facultades sobrehumanas, los hombres, porque ni mi hermana ni mis primas tuvieron nunca ningún episodio de aquel tipo.

Mi prima Beatriz no era telépata, pero, en cambio, a los

ocho años tenía la libido a flor de piel. Yo, a mis primas, como ellas nos llamaban los telépatas, les llamaba las teléputas. Esto no lo sabía nadie, claro, ni siquiera el Cacho Madera, era un secreto, aunque luego se enteró. La pobre Anita, que no tenía nada que ver, compartía el calificativo con su hermana.

Una tarde de domingo, en primavera, que habíamos ido a una de las innumerables fincas del tío Aldy, mi padre y el tío Eduardo, después de comer, decidieron que había que dar un paseo. Los que íbamos éramos los jefes, el tío Eduardo, el Cacho Madera, mis primas, Romo y yo. Mi hermana nunca venía con nosotros, pero es que ella ya era mayor, a mí me sacaba once años. Los mayores se sentaron en unas peñas, se pusieron a fumar y a los niños nos mandaron a jugar por ahí.

—Niños, que el campo es muy grande. ¡Hale...!

A veces también decían, "ancha es Castilla".

Nosotros salimos corriendo, seguidos por el Romo, y nos metimos entre otro grupo de peñas que había más allá. Una vez a cubierto se suscitó la primera cuestión.

—¿Qué hacemos? —dijo Beatriz.

El Cacho Madera, que ya tenía once años, debía de sentirse como el jefe de la banda.

—¡Vamos a escondernos!

Anita estaba de acuerdo.

—¡Eso!

Yo no sé cuál era el motivo, pero mi prima Beatriz la había tomado conmigo. Quizá fueran aires maternos, o a lo mejor es que me veía muy desvalido. Beatriz, a sus escasos años, era una mandona.

—Nosotros nos vamos para allá. Y si nos llaman, no contestéis.

Beatriz me cogió de la mano con ese aire de dominio que le iba a caracterizar toda su vida, y tirando, porque yo no veía muy claro aquello de las parejitas, me arrastró en dirección a los árboles. El Romo nos siguió.

Beatriz iba a tiro hecho. En cuanto estuvimos solos me

puso contra una peña y me dijo,

–¿Hacemos lo que he visto en la tele?

Yo, que la veía venir, lo dije sin atreverme a mirarla.

–Bueno...

Beatriz me cogió la cabeza con las manos y, mirándome, posó sus labios sobre los míos y algo gordo comenzó a entrarme por la boca. Yo me asusté. ¿Qué era aquello...? Me eché hacia atrás bruscamente y me di con la cabeza en la piedra.

–¡Ay...!

Beatriz se quedó muy sorprendida y sin saber qué decir. Luego me soltó y se medio enfadó.

–¿Qué pasa? –preguntó.

Yo no sabía qué decir y no dije nada. La miraba no muy de frente, por lo que pudiera suceder. Beatriz insistió,

–No, que hay que hacerlo así...

... y otra vez me agarró y volvió a besarme y a intentar meterme la lengua. Yo volví a retroceder, y aquello a Beatriz, que tenía muy poca paciencia, le empezó a cabrear.

–Que es que hay que hacerlo así, que se meten la lengua..., que me lo ha dicho una niña del colegio...

Beatriz me cogió de nuevo y se me montó encima, o poco menos. Además, aquella vez, casi chilló.

–¡Venga, que te dejes...!

El Romo, cuyo punto de vista era el más justamente proporcionado, porque no se nos olvide que los perros huelen todo, se puso de patas y se subió a Beatriz ladrando. Luego le levantó la falda por detrás y le metió el morro entre las piernas. Ella, que estaba en plena exploración bucolingual, pegó un respingo, me soltó, se volvió al perro y empezó a reñirlo.

–¡Romo...!, eres muy malo...

El Romo daba saltos y se dejaba querer. Al Romo, como a todos los perros, lo que más le gustaba era que le hicieran caso.

–¿Sabes lo que me ha hecho?

Yo estaba volado.

—Me ha metido el morro por detrás...

A Beatriz le salía la palabra "detrás" divinamente. La decía muy matizada, con todas las letras, y mirándote a los ojos, para que no te distrajeras.

Yo me aguanté el asco, bueno, una sensación de entre miedo y asco, y cuando llegué a casa me metí en el cuarto de baño y estuve lavándome la boca durante un cuarto de hora, con elixir y todo, y eso que no me lavaba la boca ni por recomendación, para desesperación de mi madre y las muchachas.

Otro día, hablando de cepillarse la boca, Beatriz me contó que se metía el mango del cepillo de dientes en la cama, que por la noche se iba a la cama con el cepillo de dientes; yo ni me imaginaba cómo era aquello.

—¿Sabes qué...?

Yo, cuando veía a Beatriz con la mirada turbia, sobresaltada, que las manos se le iban entre las piernas, aunque lo hacía de una forma muy disimulada, me entraba una especie de desazón a la que no sabía qué nombre dar.

—No... Qué...

Beatriz lo soltó como el que...

—Que yo duermo con el cepillo de dientes.

A mí aquello me pareció una idea fantástica y abrí los ojos ante tamaño descubrimiento.

—¿Síiiii...?

—Sí. Me meto el mango.

Yo no acababa de verlo claro, como de costumbre.

—¿El mango...?

Mi prima Beatriz, la verdad, tenía muy poca paciencia con su primo el pequeño.

—Pues claro, ¡idiota...! Si es que no entiendes nada.

Yo no entendía nada, bien es cierto, no tenía ni la más remota idea de por donde se lo metía, y como no entendía nada, porque pensaba que era por la boca —que dormía con él en la boca—, yo también quise hacerlo. La jefa se enteró, avisada por la chacha.

—Señora, que el niño quiere dormir con el cepillo de

dientes.

Mi madre vino a ver qué ocurría y nos encontró discutiendo.

—Pero no..., es que tiene que ser al revés...

—Pero, Eduardo, ¿qué moda es esa del cepillo de dientes? ¿Quién te ha dicho a ti eso? —y yo, infeliz de mí, canté de plano.

—Mamá, si me lo ha dicho Beatriz... ¡Que se mete el mango!

Mi madre, lógicamente, alucinó, pero no dijo nada. La jefa era muy discreta, y, además, hay cosas que es mejor no repetir.

A LOS SIETE AÑOS ME MANDARON AL COLEGIO

A los siete años me mandaron al colegio. Yo no había ido nunca a jardines de la infancia ni sitios parecidos. Claudia y el Cacho Madera sí, pero yo no. Como era el pequeño, y en casa hubo cantidad de chachas, la jefa se las ingenió para soportarme. Con los pequeños suelen suceder fenómenos algo raros, tampoco demasiados.

Claudia y el jefe me habían enseñado a leer de pequeño. A los tres años ya leía el periódico de corrido, con gran regocijo de los presentes, y a los cuatro era capaz de escribir, por lo menos las cartas a los Reyes. Lo de sumar, restar y todo eso, a mí siempre me pareció evidente, nunca tuve ninguna dificultad con los números, de forma que cuando llegué al colegio el único que sabía algo era yo, los demás estaban aprendiendo a escribir, y aquello fue para mí una situación inesperada: yo era el listo, aunque también había un tonto. El tonto del colegio —esto se lo dije yo— se creía que los actores de las películas se morían y luego resucitaban para la siguiente. El tonto del colegio, además, pensaba que la leche se fabricaba en alguna fábrica, no sabía lo de las vacas; a las vacas sólo las había visto en la televisión y no relacionaba una cosa con la otra. Eso ya no es ser tonto,